

LA LITERATURA: UNA SOCIEDAD DE ACÓLITOS ANÓNIMOS

Barrera Linares Luis

Universidad Simón Bolívar-Sartenejas

Los escritores se dividen en aburridos y amenos.

Los primeros son los llamados clásicos.

José Antonio Ramos Sucre

En un evento de esta naturaleza, en el que los títulos temáticos pueden llegar a confundir, me permito adelantarme diciendo que mis puntos de vista sólo habrán de aludir a lo que, desde la literatura misma, entiendo como subversión. Y para ello también quiero dejar claro, igual que he dicho en otras ocasiones, que, como fenómeno social y lingüístico que es, la literatura no es capaz de subvertir nada que vaya más allá de la literatura misma.

Buena o mala, leída o no, furibunda o pacífica, la literatura sólo sirve en ocasiones para subvertir a la propia literatura. Y eso de broma. Esperar otra cosa de ella superaría sus propósitos primigenios y desviaría la función que ocupa en el mundo. Por supuesto que esta idea no pretende ser original, pero debo precisarla desde ahora por cuanto la polisemia de la palabra “subversión” parece reducida en el caso de la Venezuela de estos días al solo horizonte político dentro del que supuestamente estamos viviendo una “revolución” o la aniquilación de unos patrones consolidados.

Sirva esta aclaratoria como base de las ideas que quiero presentar para su discusión en estas páginas. Comienzo recordando una anécdota de mis tiempos de estudiante: un compañero, aspirante a escritor, me comentaba sin titubeos estar escribiendo un cuento con el que pretendía “acabar” con el mito latinoamericano del realismo mágico. Lo recuerdo porque me llamó la atención

la contundencia con que lo decía. El problema es que su seguridad de ese momento, con el tiempo se volvió realmente “puro cuento”, de manera que jamás llegué a leer el anunciado relato.

En segundo lugar, me gustaría recordar otra vez la famita de inutilidad, mal ganada pero absolutamente cierta, que en general tenemos para el común de los mortales, quienes por cualquier razón nos desempeñamos en el ambiente de la literatura latinoamericana. Más de uno de nosotros habrá vivido el desengaño y la penitencia de tener que explicar a otros la razón que para el funcionamiento del universo tiene la literatura.

Ni siquiera voy a referirme al concepto global que en nuestros países se tiene de la cultura y, dentro de ella, de la literatura. Cada vez que discute conmigo al respecto mi sátira tía Eloína no hace más que recordarme un famoso grafitti que ha estado por mucho tiempo escrito en una de las paredes cercanas al Teatro Teresa Carreño, en Caracas, y que resume el asunto en una sola mínima, definitiva y breve oración: “La cultura mariquea”.

Para iniciar el tema, es obvio que en ambos casos hubo en sus autores (el del cuento y el del grafitti) un interés premeditado para subvertir un supuesto orden instaurado por ciertas corrientes críticas contemporáneas. En el primer caso, la percepción de mi compañero de estudios era que había necesidad de acabar con ese mito según el cual el realismo mágico es lo que hace de la latinoamericana una literatura diferente en el ámbito hispano. El segundo ejemplo habla solito de la percepción que de la literatura y de la cultura se tiene en otros ámbitos distintos de los cir-culitos académicos y culturosos en que nos movemos los hombres de letras. Un concepto según el cual todo lo que se relaciona con la cultura mantiene un recurrente tufito a inutilidad. Naturalmente que no ese mi parecer, pero sí el de muchos otros. Lo dejo de ese tamaño y vuelvo al primer ejemplo.

No creo que no haya habido aspirante a escritor que, habiendo pasado de alguna manera por aulas o por otros espacios propios de la literatura, no haya pensado alguna vez en volverse autor de una obra que cambie el curso de la historia a partir del surgimiento de su propia producción estética. Es casi natural que cualquier escritor que se inicia en el medio académico, donde se estudia formalmente la literatura, su proceso y su historia, viva la fantasía juvenil de hacer una revolución con su obra. Y digo que lo justifico sólo en un escritor novel, pues no me parece adecuado que un cincuentón o sesentón

rodeado de sus acólitos anónimos y conocidos continúe sintiendo que no ha sido tomado en cuenta o que siempre mereció el premio tal que le ha sido negado a su revolucionaria obra por injusticias.

Porque también creo que la verdadera subversión en literatura no se planifica; no es pura intención del escritor, son los hechos estéticos y su repercusión en el futuro los que pueden lograr algún mínimo cambio. La literatura subvierte o al menos amenaza con hacerlo sólo cuando logra resquebrajar la solidez de una tradición escrita, independientemente de que el autor esté consciente de esto, que por cierto, casi nunca lo está cuando se trata de una obra verdaderamente subversiva. Es posible que para el momento del contexto de recepción de una obra se aprecien indicios de lo que podría llegar a ser un texto insertado dentro de un diáspora literario. Indicios que casi siempre son más bien negativos, como por ejemplo, el rechazo inmediato, la negación de sus valores, la indiferencia. Y, repito, casi siempre esto va mucho más allá de las intenciones del propio escritor. De manera que no queda más remedio que sonreír cuando se escucha a algún plumario latinoamericano afirmar que aspira ser un clásico, aunque sea de los aburridos. No somos los escritores quienes decidimos si seremos o no clásicos. Ese es un privilegio que les concierne única y exclusivamente a los lectores. De allí que resulten tragicómicas las fugaces declaraciones periodísticas de algunos escritores que aspiran conmovir al mundo literario sólo con declaraciones rimbombantes y tremendistas. Se cae en el error de pensar que, independientemente de la escritura, por encima de una obra original y contundente, se puede cambiar el estatus literario hiperdesarrollando con énfasis el síndrome del sepulturero. O sea, matando de boca a toda una tradición, asesinando oralmente, o a través de la ocasional entrevista de prensa, a quien se atraviese (sean individualidades o instituciones). Defendiendo, sencillamente, la existencia y la importancia prematura de dos o tres jóvenes acólitos incondicionales a quienes se llega a ponderar incluso sin haber tenido acceso a sus obras o por lo menos sin haberse detenido a evaluar objetivamente la dimensión formal y semántica de lo que han escrito. Y ya se les tilda de clásicos vivientes.

Creo, por ejemplo, que hay narradores latinoamericanos (Borges, Cortázar, García Márquez, Meneses, Garmendia, Torres, Trejo, Antillano) que han logrado por lo menos resquebrajar, ya sea temática o formalmente, las características de la tradición literaria que los ha precedido y esto sólo se ha

notado (cuando se notó) independientemente de los propósitos explícitos de ellos. Las declaraciones principistas y los manifiestos grupales o individuales no son más que deseos para crear un ambiente de supuesta subversión, pero no son la subversión misma. Y tampoco significa esto que, una vez reconocida o vislumbrada, la subversión acarree multiplicación infinita, automática y reproductiva, de los lectores. A nivel mundial y continental, por ejemplo, sin apariencias subversivas relevantes, es obvio que lograron proyectarse y multiplicar lectores más allá de los cenaculillos literarios autores como Gabriel García Márquez o Stephen King. Pero si venimos al propio espacio local, no parece que por muy subversivos que hayan sido sus textos, Guillermo Meneses u Oswaldo Trejo hayan logrado superar ser re-conocidos más allá del mundillo venezolano de las letras. Y mucho más, el hecho de que se les nombre insistentemente no significa para nada que hayan sido realmente leídos por quienes habitan ese universo. Uno de mis tesisistas de la Universidad Simón Bolívar, Carlos Leañéz Aristimuño, demostró por ejemplo que un alto número de lectores venezolanos, con inclinación preferencial por la narrativa, no había leído ni conocía el cuento venezolano más nombrado y antologado de nuestra literatura: “La mano junto al muro”. No sorprende entonces que, aún cuando se les considere altamente subversivos por haber modificado en algo el ambiente de la literatura local, los autores hayan logrado superar las fronteras de la pequeña élite nacional que, orgullosa y ufana, se mueve en torno a la literatura. Y si la supuesta revolución que generaron no ha sido capaz de conmover o convencer a nadie (o a muy pocos) fuera de su propio universo, entonces es obvio que se ha tratado de una subversión inútil, fracasada por cuanto su impacto no ha pasado del propio espacio en que ha ocurrido la propuesta.

Con esto simplemente quiero destacar que las subversiones literarias contemporáneas (mucho más que las referidas a otras artes como la plástica, la escultura, la música) son casi revoluciones imaginarias en las que, ocurra lo que ocurra, no pasa nada, por cuanto su efecto comunitario, eso que los sociólogos llaman el impacto social, es tan pequeño que ni se siente.

Insistiendo en la premisa general de que la literatura no subvierte nada, más allá de la propia palabra literaria, podría yo pensar que, dentro de un espectro de mayor o menor impacto social, y aludiendo exclusivamente a casos venezolanos conocidos por todos, Gallegos, Liendo, Britto García, de la Parra, Herrera Luque, Denzil Romero y Ana Teresa Torres han sido

muchísimo más subversivos que autores como Guillermo Meneses, José Balza, Oswaldo Trejo, Antonieta Madrid, Ednodio Quintero o Enrique Bernardo Núñez. Y cuidado, no digo que son mejores ni peores. Sólo que si considero el radio de acción o de influencia de sus obras, sin llegar al bestsellerismo, los primeros han logrado mayor cercanía con un mayor universo de lectores que los segundos, independientemente de autopromociones, declaraciones de principios o aspiraciones al clasicismo, y aunque suele sugerirse que sus aportes formales son menores (cosa que tampoco es cierta).

Amplíe los ejemplos para hablar de ciertas subversiones silenciosas, con escaso aspaviento, pero buena pegada, aunque también limitada al ámbito académico: aquella de autores como Milagros Mata Gil, Marcos Tarre, Renato Rodríguez, Cristina Policastro, Wilfredo Machado, Luis Felipe Castillo, José Adames, Ángel Gustavo Infante e Igor Delgado Senior.

Aquí opongo el silencio productivo y consecuente a la alharaca. Y estimo además que la subversión no guarda relación directamente proporcional con la abundancia de libros publicados. Ya sabemos de sobra que el continente latinoamericano es abundoso en codornices que ponen huevitos cacareados como si fueran de avestruz y creen que con ello es suficiente para subvertir y cambiar el rumbo de la literatura. Creer que podemos hacer una revolución y subvertir un orden establecido desde unas escandalosas y altisonantes declaraciones de prensa, argumentando que éste o aquel escritor es el más importante desde Jesucristo para acá y que hemos cometido el error de no darnos cuenta, se reduce a unas muy loables ganas de hacer retórica pajística para suavizar el alma de unos cuantos egoletrados amigos nuestros, pero nada más. A juzgar por las formas de su narrativa, creo por ejemplo que fue Oswaldo Trejo quien mayores esfuerzos hizo por subvertir y pervertir el orden, según él repetitivo y aburrido, de la narrativa venezolana. Pero no me sorprende ni me alarmo ante la muy escasa recepción que ha tenido su obra, incluso en el reducido mundo de las letras. Alguna vez comenté además que, por mucho desafecto que se tenga por la televisión, por la Internet, o por los medios audiovisuales en general, tampoco son estos los culpables de que un supuesto escritor famoso tenga que pasar como anónimo ciudadano cuando acude a espacios de asistencia masiva de personas. Y la prueba más concreta puede usted hacerla en su propio barrio, en su misma urbanización, en el supermercado o en algún centro comercial: excluya previamente a todas las personas familiarizadas con el mundo de las letras y muéstrele al resto una fotografía

de algún escritor Premio Nóbel latinoamericano a ver qué pasa. Es probable que nadie lo reconozca. Y si así es tratándose de quien se trata, de qué subversión literaria estamos hablando. Ya casi estoy por creer que llegará un momento en que la literatura como la hemos entendido no será capaz de subvertirse ni siquiera a sí misma. Cada vez lucen más cerrados los circulillitos en los que se mueve. Por el contrario del anónimo autor del grafitti referido al comienzo, y por simple previsión machista, no quiero llegar a pensar que de verdad verdad, “la cultura mariquea” y pone a los escritores a perseguir molinos de viento gástrico, es decir, a formar zafarranchos para que la gente sepa de su existencia, independientemente del efecto renovador con que el tiempo pueda reconocer su obra o del número de lectores a quienes ha sido capaz de conmover.